



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVIII

DEGANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 13986

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, MAYOR, 24

CONDICIONES

En la PENINSULA: Un mes, 150 ptas.—Tres meses, 450 id.—EXTRANJERO: Tres meses, 10 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

SABADO 11 DE JULIO DE 1908

El papeo será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Compras papeales en París, Mr. A. Lorette, 14, rue Rougemont, 43, y en Bruselas, Mr. J. Van der Meulen, 11, rue de la Sablonnière.

Nuestra situación en Muni

Desde Fernando Póo se reciben noticias alarmantes sobre los sucesos últimamente ocurridos en Bata y el Río Muni.

El día 18 de Mayo los pamues del Río Utamboni, afluente del Muni, robaron y saquearon la factoría que la Compañía Trasatlántica tiene establecida en Cangane, asesinando al representante europeo de la misma señor Velar.

Pocas semana antes había sido muerto en el mismo Río un cabo de infantería de Marina en ocasión de encontrarse durmiendo.

La frecuente repetición de estos hechos que es consecuencia inmediata á la desastrosa política que hasta la fecha allí se ha seguido requiere un castigo ejemplarísimo y en su consecuencia el gobernador de aquellas Colonias dispuso que una columna de cien hombres al mando del teniente de infantería de Marina D. Luis Anisi, remontase el Río Muni y castigase severísimamente á las tribus de esa parte de nuestras posesiones.

Las últimas noticias aseguran que el día 7 de Junio, esta fuerza se encontraba en M. Bonde después de haber quemado 12 pueblos pamues y haber apresado á los autores del asesinato del señor Velar, afirmando que esperaban la llegada de unos guías para con ellos penetrar al interior y casi sobre las plantaciones donde se han refugiado los pamues del Río Utamboni.

Mientras esto ocurría en el Muni, en el distrito de Bata, han acaecido sucesos de mayor gravedad que cabe que los anteriores, pues demuestran hasta qué punto deja de estar garantida la seguridad personal en aquellos territorios.

Los pamues de las tribus «Yembis» viene desde hace tiempo cometiendo todo género de tropelías sin que hasta la fecha hayan sido castigados.

Últimamente robaron y machetearon á un indígena de otra tribu que á su regreso de Fernando Póo donde había estado trabajando se dirigía á su pueblo conduciendo algunas mercancías adquiridas con el importe de los sueldos que allí había ganado.

Conocidos los sucesos pamues Yembis de salida del distrito de Bata, de la mayor parte de los soldados que fueron á la expedición del Río Muni duplicaron sus actos de violencia hasta tal punto que los indígenas de las tribus inmediatas se presentaron ante el subgobernador del territorio suplicándole castigase á los pamues de referencia.

En vista de esto, ordenó la mencionada autoridad que saliese á castigarlos el teniente de infantería de Marina señor Carlos Roca, al mando de doce únicos soldados que quedaban en el distrito.

Al amanecer del día 27 de Mayo llegó esta fuerza á los pueblos de Dongoloc jefe de los Pamúes de referencia situado á unos 15 kilómetros de la capital, estos al advertir la presencia de los soldados, huyeron á la desbandada dejando sus pueblos abandonados pudiendo tan solo apresarse á uno de ellos que fue aprendido á la entrada del primer pueblo.

Destacamento mandado por el teniente Roca les persiguió inútilmente pues se internaron en el bosque sin

hacer frente á la tropa, en su consecuencia esta regresó de Muni á Bata conduciendo fusiles y ganado lanar que había encontrado en los pueblos abandonados poco antes de salir del último de ellos advirtieron la presencia de los pamues que á uno y otro lado de un barranco por el que tenía que atravesar el pequeño destacamento esperaban emboscados este momento para atacarle, afortunadamente fueron vistos é inmediatamente rompieron el fuego contra ellos desalojándolos de nuevo hasta sus pueblos que fueron quemados causándoles un muerto y varios heridos regresando acto continuo á Bata á dar cuenta de lo ocurrido al subgobernador del distrito.

En la tarde del referido día los pamues castigados por la mañana atacaron un poblado indígena de tribu distinta situado en las inmediaciones del destacamento retirándose de nuevo tan pronto vieron la llegada de este que les persiguió de nuevo haciéndoles un herido.

En vista de esto se han reconcentrado en Bata los destacamentos de Río Benito y de Río Campo para evitar puedan los pamues cumplir sus amenazas de quemar las factorías extranjeras de las inmediaciones, esperando órdenes del gobernador general para marchar decididamente contra el jefe Dongoloc y obligarle á internarse en el bosque ó se presente á implorar perdón y sufrir el correctivo conveniente.

Tal es en conjunto el estado de nuestras posesiones del golfo de Guinea, si no se emplean procedimientos energícos con aquellos naturales, la situación empeorará seguramente y tendrá que arrepentirse nuestro gobierno de la débil política de atracción que allí se sigue.

CUENTO DEL SABADO

LA FIERA

—¡Vamos María! Es eso para hoy ó para cuándo?

—A este requerimiento se volvió y desde la habitación inmediata contestó:

—¡Oh, mamá! Estaba mirando á ese pobre hombre á quien nadie da de comer! Parece mentira que los perros y los pájaros sean antes que él.

—Eres verdaderamente muy sentimental; en fin, termina, que tu padre espera el almuerzo.

Mientras este diálogo se sostenía fuera, allá en las últimas casas del villorio, los muchachos cesaron de gritar y los perros se detuvieron á su vez á la entrada del bosque, desde cuya linder el mendigo Ravaud se volvió cólerico amenazando con su bastón á los chicos, á los perros y al pueblo.

Una oleada de sangre agolpóse á su cerebro, y por un momento, en la exaltación de sus nervios, pensó en el pillaje, en el incendio, y en el asesinato.

Las miradas asustadizas de las muchachas que se retiraban á su paso le hicieron recordar que era un hombre. Los gritos y las risotadas de las jóvenes le hicieron sentir la lentitud de colocar su mano sobre una de aquellas y llevarse la como presa á lo más intrincado del bosque. Y estas emociones rebotaban en él, y al persistir se confundían con su cólera y con su odio, mucho más desarrollado que el hambre.

Ravaud penetró en la selva, en donde se sintió libre, amo, rey.

De pronto, cierto ruido inmovilizó á Ravaud, que retuvo su aliento. Alguien se aproximaba por el camino del pueblo. Poco á poco los pasos fueron acercándose rápidos y ligeros, como los de un niño.

A fin de ver quién se acercaba, Ravaud se deslizo por entre los árboles, y separando el ramaje, miró hacia el camino.

Ravaud no tardó en ver que quien llegaba era una muchacha que llevaba una cesta en la cabeza. Los ojos del mendigo brillaron.

La muchacha que avanzaba pertenecía á aquellas gentes que á todas horas lanzaban contra él sus perros y sin duda pertenecía también al número de las que bailaban en derredor suyo, arrojándole piedras. A través del ramaje distinguió la silueta de la jovencueta, que lucía desnudas sus pantorrillas y sus pies. Entonces se arrojó al suelo, se deslizo por éste, y como un animal que acecha su presa se colocó al borde del camino. Prestó atención cuidadosa hacia el pueblo y hacia el bosque. Todo estaba en silencio. En la selva no había nadie más que él, la fiera dispuesta á saltar sobre la pequeña presa que, ingenua, avanzaba.

Pero sin se acercó, y Ravaud surgió ante ella.

La niña, al verle, no pudo reprimir una exclamación. Pero su grito era de sorpresa, no de miedo, pues al ver al mendigo miró su mano en la cesta, al mismo tiempo que le decía:

—¡Tenía miedo de no encontraros! Y la inocente criatura no se sorprendió de que aquellas manos críminales se tendieran hacia ella.

—¡Tomad! ¡Ahí tenéis pan y un poco de carne! ¡Es todo lo que he podido reunir para vos! Tengo que llevar el almuerzo á mi padre, allí en lo más espeso de la selva, y mientras lo preparaba he tomado también esto para vos.

Con una mirada estúpida, Ravaud miraba altercativamente á sus manos llenas de comida y á la niña, que le sonreía tíernamente.

—¿Qué hacéis que no coméis? Nadie habrá que yo os lo he dado. Si se apercibian en casa, diría que yo me lo había comido porque tenía hambre.

bre, y á mí me castigaron, entonces yo no haría, porque pensaría en vos. La niña se interrumpió un momento y echando mano á su bolsillo, sacó un racimo de uvas, y dijo al mendigo:

—Tomad uvas. ¡Esto os quitará la sed! Ravaud las tomó, y al cogerlas se estremeció. Y Ravaud, que tenía hambre, mordió el pan, al mismo tiempo que retenía en la suya la mano de la niña.

—¡Quédate! —la dijo. —Un momento sí —contestó ella— pero nada más que un momento, porque mi papá me espera.

—¿Está lejos tu padre? —preguntó Ravaud. —A un cuarto de hora de aquí. Allí donde se hace el carbón.

—¿Cómo te llamas? Yo me llamo María y mi papá es carbonero. Es muy divertido ver hacer carbón. Se ponen cuatro perchas en medio de un gran círculo. Después se colocan trozos de madera, por capas, unos encima de otros, y luego se cubre todo con corteza roja y tierra. Se dejan solamente algunos agujeros para que el viento pase y se le pone fuego como es de rigor. Y todo ello hueve, como sabéis, y según parece en los volcanes que se ven en los libros de la escuela.

Y la niña se ayudaba con gestos para mejor explicarse.

De pronto se detuvo y dijo:

—Perdó... ¿no coméis? El semblante contrariado del mendigo se prendió á María, que le preguntó:

—Tenéis pena, ¿no es eso? Y ¿cómo os la producen esas gentes?

Sin responder Ravaud se puso á comer, tembándole las manos al llevarse la comida que María le había facilitado.

—¡Papá también tiene á veces penas! Pero cuando este sucede salto sobre sus rodillas y le abrazo con todas mis fuerzas. ¿Y vos ¿no tenéis acuso una hija que os abraza?

Esta vez el semblante de Ravaud se alteró dolorosamente, y con voz insegura, revelando en ella cierto esfuerzo, dijo:

—¡Escucha, niña! ¡Vete, vete!

—¡Cómo, me miráis! —contestó inquieta María.

Ravaud volvió á otro lado la cabeza y repitió casi brufamente:

—¡Vete! ¡Te digo que te vayas! —No —dijo María— Ya no puedo dejáros así cuando veo que sufrís. Será esto quizá porque os he hablado de vuestra hija?

Y diciendo esto, María se puso de pie. Su rostro alcanzaba el rostro del mendigo, que se hallaba sentado al borde del camino. Su pecho le tocó en el hombro é inclinándose le dijo con insistencia tenaz, infantil:

—Si, sí. ¡Quiero que me perdonéis! ¡Qué no tengáis pena! ¡Dejadme abrazaros!

—¿Abrazarme?

—¡Sí, como á papá! Y sus dos brazos se alzaron al cuello del mendigo, depositando en su barba ruda, mal cuidada y sucia, el beso candoroso de sus labios virginales.

Ravaud se estremeció y, no pudiendo contenerse, gruesas lágrimas rodaron por sus ojos.

—¿Lloráis?

—No —dijo Ravaud. Esto no es nada. Y llevando las manos á sus ojos los limpió, restregándose en ellos. Apenas si recordaba lo que era aquel agua que acaba de mojarle las mejillas. Pero, sin darse cuenta de ello y sin poderlo reprimir, toda una oleada de impresiones confusas, inenarrables, surgidas del fondo de su juventud y de toda la áspera miseria de sus días, asaltaron su corazón y su cerebro.

Poco á poco todas aquellas cosas, que no habían sabido explicar, todos aquellos sentimientos que desde hacía un momento atormentaban su pecho rudo, concluyeron por dominarle y vencerle. Conoció á bondad, la piedad, el reconocimiento.

Le pareció que la tierra era más bella y que la fortuna lo dominaba todo.

Los brazos del mendigo se abrieron á su vez, enlazó entre ellos á la niña, la estrechó contra su corazón y posó los labios sobre su frente pura y sus mejillas nacaradas.

—Ven! —la dijo.

Y cogiéndola de un mano, conduciendo él en persona la cesta para que no se fatigara la niña, empezó á andar por entre la selva, buyendo del camino para no encontrar á nadie por temor de que su bienhechora é inocente amiga sufriera las consecuencias.

Biblioteca de EL ECO DE CARTAGENA 4

otros «que no había cambiado en el orden esencial de las cosas». Pasado el primer gran pájico, Cartagin, apelar de su poderosa elocuencia, quedó reducido á una personalidad secundaria en el mundo político y, en opinión de las gentes, como un propagador de ideas extrínsecas.

Unicamente con el tiempo y muy de paso, fué como Cartagin, consiguiendo abrirse camino para una posición importante en los asuntos. «No hay cambio en el orden esencial de las cosas», repete, con aquel ambiente de la época, del pensamiento moderno, que es llamado doctor Wikipleg, y hasta los demagogos de lo que en aquella época se llamaba «liberalismo progresivo», se ponían, sentimientales al considerar la falta esencial de sinceridad de su «programa». Sus ataques se reducen, al parecer, á las naciones pequeñas, á los idiomas pequeños, á las familias pequeñas que han sus pequeñas cosas. La moda estaba, por lo pequeño, por lo preciso. Ser grande, era ser vulgar. Delicado, pequeño, bonito, melancólico y perfectamente distinto, eran las palabras, acortadas, de aprobación crítica. Entre tanto, sigilosamente, con el tacto del limpiador, entraba en un mundo que tenía que ser, para serse, para recibirse; aumentaban en fuerza, en estatura, en conocimientos, llegando á ser individuos y á ser, llenos de iniciativas, preparando...

LIBRO SEGUNDO

LA HERACLEOFORBA EN LAS POBLACIONES

CAPITULO PRIMERO

LA LLEGADA DEL ALIMENTO

Nuestro asunto, que se inició tan modestamente en el cuarto de estudio del profesor Heracleofobia, se ha ido distribuyendo y diseminando poco á poco, al tomar diversos rumbos, conjeturas, desde ahora una verdadera historia de expansión. Que, en el proceso del alimento de los dioses, se lo mismo...